

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
6 de junio
de 1937

Número 192

editado por el comité de defensa - región centro

Todavía no ha llegado la hora del optimismo

No es demasiado raro, entre colegas de Prensa y entre gentes de opinión netamente antifascista, tropezarse con manifestaciones que, al más encendido de los entusiasmos, añaden el más loco de los optimismos. Para ellos ya la cosa está como quien dice liquidada y ya no queda sino extender la mano para alcanzar la victoria. Son los que hablan de la entrada en barrena de los adversarios, de que éstos se hallan ya en la pendiente, de que la hora inminente de su aniquilamiento ha sonado. Y son los mismos que, generalmente, se aprestan a tomar posiciones para repartirse el botín de la victoria del pueblo.

Intentaremos primero razonar sobre su injustificado optimismo, para después tratar de las consecuencias de la victoria del pueblo.

En cuanto a la inminencia de la derrota rotunda y final de los que en julio se levantaron contra el régimen que el pueblo se había dado a sí mismo, por la vía pacífica de las elecciones, aún queda bastante camino que recorrer. No es que dudemos en ningún momento del triunfo final de la causa popular; eso de ninguna manera. Nosotros somos los más optimistas en cuanto a resultados finales, y nadie, tan insistentemente como nosotros, ha afirmado tan rotunda y repetidamente su fe segura y exacta en la victoria de los trabajadores que defendían su libertad y las condiciones humanas de su vida futura.

Pero los falsos optimismos, cuando a su falsedad se añade la impremeditación de las actitudes poco pensadas, puede dar lugar a consecuencias por demás desagradables y altamente peligrosas. A base de optimismo en la Prensa y en la gente se hizo la campaña de fines de verano-comienzos de otoño, y llenos de optimismo vimos cómo los invasores se acercaban a las puertas de nuestro Madrid, creando una situación por demás grave y que nunca debió llegar a ser una realidad luctuosa para el pueblo español en general y para el pueblo madrileño especialmente.

Y cuando llegó la hora grave, cuando se dejó a un lado el falso optimismo que sólo nos sirvió para acumular retiradas sobre retiradas, cuando se le habló al pueblo el lenguaje duro de la verdad y se le hizo ver en toda su intensidad el grave peligro que sobre él y sobre su futuro se cernía, se logró la reacción heroica y salvadora que nos condujo sin duda a la victoria. Pero nos condujo a la victoria siempre que no se repitan las posiciones espirituales—rotundamente falsas—que dieron lugar a los retrocesos que hicieron nacer los peligros de noviembre.

Al pueblo hay que hablarle el lenguaje claro de la verdad, por duro que este lenguaje sea. Al pueblo no le importa el número de sacrificios que haya que realizar, pues sobradamente tiene demostrado una y mil veces que es capaz de realizar, sonriendo, todos los que se le presenten como necesarios. Pero el pueblo exige, el pueblo necesita que se le hable la verdad; que no se le falseen los hechos por adversos que éstos sean y que no se le escamoteen las victorias por pequeñas que sean sus consecuencias. En lo bueno y en lo adverso, la verdad debe ser la eterna compañera de todas las informaciones que se den al pueblo. Porque otra cosa dicha al pueblo, esencialmente crédulo por la sencilla razón de que tiene en sus guías actuales la más ciega de las confianzas, puede dar lugar a que, exponiéndoles visiones demasiado optimistas, crea que ya ha llegado el momento en que los músculos tensos pueden empezar a relajarse y los nervios aguzados hacia todos los esfuerzos pueden volver a gozar de la calma de las seguridades que inexorablemente tienen que venir. Y eso puede hacer que vuelvan a tenerse que lamentar situaciones peligrosas que ya han pasado para no deber volver jamás.

Por eso, optimismo, sí; optimismo, siempre. Pero optimismo sensato, fundado sobre realidades, y no montado sobre los castillos quiméricos de los que todo lo ven de color de rosa.

Y en cuanto a todos aquellos que ya se aprestan a tomar posiciones para repartirse el botín de la victoria del pueblo, sólo queremos decir dos palabras: que la victoria es segura, pero que las ilusiones de muchos cuervos que ya empiezan a revolotear alrededor de la victoria son total y completamente infundadas y absolutamente criminales. Porque la victoria será del pueblo. Y pueden estar completamente seguros todos los nadadores hábiles entre las aguas de la guerra, que el pueblo reclamará íntegramente para sí los frutos de la victoria que se consiguió a costa de su sangre y a costa de sus sacrificios.

¡A LAS ARMAS, A LAS ARMAS!

El extranjero profana la patria de las libertades. ¡Españoles, nuestra España está hollada! ¡A las armas! ¡A las armas! A las armas para defender nuestro suelo maltratado, ultrajado y violado por el extranjero que, falto de riquezas y de hombres machos con que hacer grande y fuerte su patria, viene a España para saquearla y llevarse cuanto en ella hay de valor, de grande y de noble.

¡Españoles, a las armas! La patria de las libertades del mundo, la de los hombres que quieren ser libres, la de los hombres que quieren producir y consumir, la patria en que el niño encuentra un padre en cada hombre y la en que todo hombre encuentra hijos, está ofendida y hollada. La patria en que la maza, libre y virgen, pura y bella, como ninguna, con su manojo de geranios en el cabello o en el pecho, espera y espera al mozo que triunfante, del campo, del taller, de la fábrica o de la trinchera, ha de volver gallardo y altivo, luciendo la corona de laurel trenzada por las manos sedicidas del valor que, a su vez y a su paso, han de agitar las mil y mil campanas de la gloria. Y lo espera triunfante para, con el beso que quema, con el abrazo que hace crujir los bíceps, hacerle entrega, sí, entrega de su cuerpo bravo, de su alma cristalina, para que, del encuentro con el suyo, idealizados y cruzados, salga el nuevo ser, bueno, fuerte y bello, como flor que brota del amor sincero e intenso, como concreción divina de dos corazones que se funden.

La patria en que el hombre puede ser hermano del hombre se halla herida, hollada y sangrando por el hermano, no por el pueblo, sino por el tirano.

La fragua, la patria en que el mundo forja su paraíso, la tierra en que el hombre quiere vivir, quiere ser libre, puede vivir y puede ser libre, hollada también.

La patria, la única patria en que el mundo del trabajo y del saber quiere hacer un mundo mejor, de todos y para todos, sumando sobre sí la experiencia de todo antepasado, sangra y sangra.

¡A las armas, a las armas! Todas, todas son buenas. Todas en acción. Desde la honda al cañón. Desde el avión a la mina. Todas, todas son buenas.

Anarquistas que habéis bebido en las fuentes claras y generosas de Salvochea, a defender la patria de Fernán, que es la patria de las libertades de todos.

Socialistas, que como yo habéis llorado al oír las palabras llenas de cariño, de bondad y de fuego del Abuelo, ¡a las armas, a las armas! La patria del Abuelo, la patria de Iglesias, la de las libertades de España, del mundo y de todos, puede ser muerta.

Republicanos que os habéis visto y os veis reflejados en el alma pura de Pi, del hombre que pasó las fronteras por encima de los reyes y de los dioses, la patria de Pi, la vuestra y la nuestra, despedazada y hollada por el extranjero está.

Socialistas, republicanos y anarquistas, ¡a las armas, a las armas!

No, no puede haber nada que justifique el no coger las armas. Las que sean, las que tengamos. Ante el ataque del extranjero, del invasor, que pretende profanar la tumba y la cuna de nuestros abuelos, ¡a ellas, por ellas, con ellas!

La patria de Pi, la de Iglesias, la de Salvochea, la de las libertades de todos los oprimidos del mundo, no puede ser hollada. ¡Venid, esclavos del mundo, venid a defender las libertades de todos en la tierra de Fernán, de Pablo y de Francisco! ¡Venid!

¡Esas radios fascistas!

Consecuencias inmediatas de un error

Ya estamos tocando las consecuencias. Los males hay que preverlos con la antelación debida. La suspensión de las emisiones de las radios sindicales, ha traído, inevitablemente, un mal mayor que a todas luces conveniría atajar.

El camino que deja libre la suspensión de emisiones, que dadas sus características de probado antifascismo traía como consecuencia una propaganda efectiva, de la que no se hablaría nunca con el debido elogio, lo aprovechan las radios fascistas para intensificar sus embustes y sus ridículas balandronadas, aprovechando todas las ondas para divulgar una propaganda que, al extenderse, produce graves daños a la causa de la guerra y de la Revolución. No nos referimos, claro es, a los radiayentes debidamente preparados, a los cuales en nada puede afectar—ya que no sea para producirle hilaridad—la contumacia en el error del enemigo, alcanza nuestro temor a esa masa impreparada, susceptible a todas las ligerezas, a quienes a diario—desde que dejaron de radiar las emisoras sindicales—se les sermonea y se les llenan los oídos de noticias falaces, dirigidas a producir la natural desorientación.

Ya estamos tocando las consecuencias. El beneficio que tal medida absurda pueda producirle al Gobierno que la dictó, no se ve compensado con la serie de per-

juicios que trae el dejar el camino libre a las radios fascistas.

Medítese sobre este incidente. Y si es posible, tómense las medidas necesarias para que, oportunas interferencias, corten el chorro de esa información inexacta y absurda que ahora campa por sus respetos.

No se puede permitir por un momento más que continúe este estado de cosas.

Y no se quiera argüir que es baladí el hecho denunciado. En el platillo contrario de la balanza podríamos colocar los meritoservicios que a la causa del pueblo ha venido prestando la acción de las emisoras sindicales, a cuyo haber hay que asignar una gran parte del éxito de nuestras armas. No en balde han contribuido a levantar siempre la moral pública y muy especialmente en momentos en que era más necesario el estímulo.

Ante esta realidad se enfrenta el hecho de que, de una manera indirecta y como consecuencia de una orden que no creemos del todo meditada, se favorece el interés de los fascistas.

Insistimos en que el Gobierno debe estudiar urgentemente los medios que corten la raíz ese forzado privilegio del adversario.

Y nada mejor que rectificar la medida acordada, restaurándose el sistema de emisiones a toda hora, que tanto beneficio práctico venía proporcionando a todos los antifascistas.

Chispazos

Una vez más se habla—con visos de verosimilitud—de que en el campo rebelde crece el desacuerdo y que éste empieza a traducirse en rebeliones o en posiciones de franca resistencia ante las órdenes de los mandos facciosos.

Aparte de la discordia existente entre requetés y falangistas, discordia que crece por momentos, existen ya movimientos de resistencia entre las mismas tropas expedicionarias que Italia ha enviado a España para ayudar a que triunfe la dominación y el oprobio y de paso para que algún pedazo de tierra española quedase entre las fauces de la loba romana.

Los periódicos traen la noticia de la sublevación en San Sebastián de unos doscientos italianos.

No vamos a decir que de semejante sublevación pueda salir

nada definitivo; doscientos son demasiado pocos. Pero ese chispazo tiene todo el valor de un síntoma.

En el campo rebelde crece la discordia y sus mismas unidades militares se vuelven ya contra los jefes fascistas. Y si eso ocurre entre los soldados, sometidos como están a una disciplina militar y a un autoritarismo de hierro, ¿cuál será la posición espiritual de las masas populares civiles españolas que tienen que sufrir las mayores crueldades y toda suerte de vejámenes? La respuesta no puede ser dudosa.

Esos chispazos, aparte de contribuir a levantar nuestra moral, pues también por la desunión del adversario puede venir el triunfo rotundo del pueblo, deben servirnos de acicate para extremar nuestros afanes de sacrificio y de victoria.

¡VIVA EL PUEBLO
EN ARMAS!

frente libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.- Tel. 58653

MENOS PROTESTAR Y MAS HACER

De todos los confines del mundo llegan a España las noticias de las «más enérgicas protestas» de múltiples sectores proletarios e intelectuales contra las bárbaras actuaciones guerreras (?) de los rebeldes españoles y de sus aliados internacionales. Agradecemos todas esas protestas en lo que valen; pero sólo en lo que valen.

Después de casi once meses en que el pueblo español derrama generosamente su sangre para salvar sus libertades, y salvar con ellas las libertades del mundo, tiene mucho de ironía y bastante de cobardía el conformarse con exteriorizar, mediante protestas más o menos violentas, la indignación por las monstruosidades que cometen los fascistas.

Tienen que considerar los protestatarios que el pueblo español, en la lucha heroica que está sosteniendo, defiende, en primer lugar, su propia independencia y su propia libertad. Pero que, al defenderlas, lucha a muerte con el fascismo, con ese fascismo internacional que ha visto que en los campos desgarrados de España se juega su imperio en el mundo, aunque las democracias y los hombres de otros países, que viven al margen de nuestra contienda, no crean que éste les afecta más que indirectamente y de una manera espiritual. Si el fascismo venciera en España—que no vencerá porque el pueblo español está firmemente decidido a que así no sea y está poniendo a contribución todas sus energías para que esa victoria no sea realidad—, pueden estar convencidos todos los hombres que protestan por los atropellos que comete en la carne viva de nuestros trabajadores, que las rutas del mundo quedarían abiertas de par en par ante la avalancha negra. Que Europa primero y el mundo entero después, llegarían a quedar, a la larga, sometidas a la dictadura cruel de los Hitler y Mussolini y de sus sucesores.

Y, francamente, cuando esa es la perspectiva inexorable que se alza ante las realidades presentes, creemos que estaría muy en su lugar protestar un poco menos y ayudar un poco más efectivamente al pueblo español, que lucha por él, pero que obtendría consecuencias de lucha que beneficiaran a todos los países del mundo y a todos los trabajadores de la tierra.

Porque va a resultar que, sintiéndolo en el alma, no nos va a quedar más remedio que equiparar las «enérgicas protestas» a las «lamentaciones» de mister Eden y de los señores de Ginebra.

SOBRE CIERTO ACTO DEL GRAN PARTIDO DE MASAS

Un pedazo de reseña

El otro día nos sorprendió una llamada por teléfono. Nuestro comunicante hablaba en un tono débil, tímido, huido...

—¿Qué deseabas, compañero?—inquirimos nosotros, en vista de que el misterioso interlocutor no se atrevía a decir nada.

Por fin, dijo en tono resuelto:

—¿Es la Redacción de nuestro periódico?

—Sí, camarada...

Y nos largó la siguiente reseña, que no pudimos recoger íntegra, porque la risa estruendosa nos había delatado, haciendo que nuestro comunicante colgara el auricular...

*

—Nuestro querido camarada Jesús, miembro del Buró político del Comité Central del Partido Comunista de España, Sección española de la Internacional Comunista, el ministro más joven del mundo, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y ministro de Sanidad y Asistencia Social, guía de nuestro Partido Comunista de España, Sección española de la Internacional Comunista, forjador del Frente Popular, el hombre a quien se le ocurrió eso de la cartilla escolar para los hijos de las grandes masas obreras y campesinas de España que luchan siguiendo la línea trazada por nuestro querido Partido y su secretario general, jefe indiscutible y amado de las fuerzas populares antifascistas, querido camarada Pepito, uno de los grandes forjadores de la unidad, del Frente Unico, del Frente Popular, del camino de la victoria y guía de las masas obreras y campesinas de España, llevadas a la victoria que les señala nuestro querido Partido, el Partido de Marx, de Lenin, de Stalin, de Pepe Díaz, de Uribe y mío, el Partido que conducirá a las masas a la victoria señalada por nuestro Pleno ampliado de nuestro querido Comité Central de nuestro querido Partido Comunista, Sección española de la Internacional Comunista, al que

pertenece como miembro del Buró político de su Comité Central el querido camarada Jesús Hernández, que, en su calidad de miembro del Buró político de España, Sección española de la Internacional Comunista pensaba antes, durante y después de la crisis. ¡Ah! Se me olvidaba decir que Jesús Hernández es uno de los luchadores de nuestro querido Partido que más tiempo estuvo en la cárcel a pesar de su juventud, que le ha colocado al frente del Buró político del Comité Central del Partido Comunista de España, Sección española de la Internacional Comunista, forjador del Frente Unico, del Frente Popular, del camino de la victoria, el del puño formidable del proletariado, el de las grandes masas obreras y campesinas de España, el guía del proletariado mundial, el Partido glorioso de Lenin, de Marx, de Stalin, de Pepe Díaz, de los centenares de millares de millares de obreros y campesinos que siguen la línea gloriosa trazada por nuestro querido Partido Comunista, al que pertenecemos Hernández, Uribe, Margarita Nelken y yo...

Al terminar «Pasionaria» su interesante y profunda presentación del camarada Hernández, el teatro, en pie, estalla en una formidable ovación, que dura hasta ahora, en que se transmite esta reseña del grandioso acto celebrado por el gran Partido de las masas obreras y campesinas de España.

*

A pesar de que nuestro comunicante ha confundido el teléfono, NOSOTROS, generoso siempre, acoge con gusto la precedente reseña del acto comunista.

Trabajadores: Leed todas las mañanas el gran diario "Castilla Libre"

Ayuntamiento de Madrid

El aviador desconocido

Estamos esperando siempre que caiga en nuestras manos un aviador enemigo, de naturaleza española, para celebrar las proezas fraticidas de algún compatriota en el aire. Sin embargo, «L'Action Française» ha debido encontrarlo, pues se ocupa, por intermedio de uno de sus enviados especiales en el frente italo-luso-germano-marroquí, de un héroe del aire hispánico, un verdadero «as» al servicio de Mussolini, Salazar, Hitler y el Jellifa del Rif.

Ese, por lo que se lee, pasea con su gran cruz 'aureada por las ciudades convertidas en cementerios, y su misión es la de ir explicando técnicamente a los periodistas que, aquellas ruinas achacadas a los aviones extranjeros, no han podido ser obra de ellos, porque no aparece por parte alguna la tarjeta de visita de los presuntos autores, bien en forma de hoyos en embudo, de edificios reventados o de papilla de vecinos.

Con el pecho cuajado de quincallería y el prestigio de miles de fusilamientos, cualquier modesto indígena, con cargo de informador, puede hacerse creer por el primer idiota que cursa telegramas. Si además se añade una hoja de servicios fúnebres, en que conste la repugnante hazaña de devolver a nuestras filas el cadáver mutilado de cualquier aviador leal, hecho prisionero por los invasores, esto puede dar más que suficiente motivo para ser zarandeado por las gacetas subvencionadas, que de aventuras maravillosas «chez Franko» andan, por lo visto, bastante escasas.

Uno se pregunta con bastante frecuencia qué es lo que sentirán esos renegados españoles cuando alguna vez contemplen desde lo alto—si es que saben mantenerse arriba y pueden pensar entonces—el panorama de estas ciudades nuestras que han venido a ser objetivos vivientes de esas monstruosas manobras militares desarrolladas aquí por Ejércitos extranjeros y ante la invertida admiración de quienes a sí mismos se titulan nacionales. Y no acabamos de comprenderlo. Jamás dieron las castas españolas una prueba más lamentable de degeneración. Nos avergüenza pensar que haya desgraciados individuos, nacidos en esta tierra, dispuestos a aplaudir a las hordas mercenarias que han entrado con el único fin de convertirse en dueños de vidas y haciendas.

Y que no se haga nadie la ilusión de que van a ser evacuadas tan pronto como el pastelero Comité de Londres lo disponga. Mussolini, que es el que más soldados ha vendido a los fascios, no permitirá nunca que estos pasivos servidores del Estado imperial regresen a sus casas con las manos vacías. Sigue en todo la tradición romana y, como heredero directo de Julio César y de los Escipiones, se fué introduciendo en Abisinia hasta hacerla personalmente suya y trata de apoderarse de España para regalársela a su yerno. Los alemanes, que ayer estaban dispuestos a marcharse, por motivos que no explican, hoy han cambiado de opinión y continuarán en el matadero dando pruebas de su destreza.

Nosotros ya nos habíamos hecho la ilusión de quedarnos solitos con nuestro drama familiar. No queríamos seguir dando a los demás países un tan mal ejemplo de desavenencia.

Pero si no se marchan los extranjeros, tendremos que seguir, a pesar nuestro, destruyendo la paciente obra reproductora que Mussolini ha patentado, fusilando de vez en vez algún aviador alemán de los que se han especializado en ametrallar seres implorantes, y en espera de que nos caiga ese aviador español desconocido, que no ha incendiado museos ni ha tirado todavía sobre sus hermanos, pero que lleva la laureada sobre el pecho para lucir entre la harca mora que da escolta al «traidorísimo».

DIALOGO OCASIONAL

Busquemos remedio al mal

—¿Por qué me cortas el servicio de luz, que presta la compañía que controlas, y me dejas a oscuras en casa?

—Porque adeudas dos recibos, compañero. Y si hemos hecho la Revolución para que todo marche bien, este propósito nuestro exige que cada uno cumpla con su deber. Y el deber del consumidor es abonar los recibos que tenga al descubierto.

—Ten en cuenta que carezco de medios suficientes para hacer frente a las necesidades de mi familia. El jornal de guerra, en relación con el coste de las escasas vituallas, me resulta insuficiente. Vivo, lo que se dice alcanzado. Y no tiene nada de particular que me retrase en el pago del servicio de luz.

—No dejes de ver tú a la recíproca que, si no abonas los recibos de la luz, hay una legión de compañeros tuyos que esperan tu ingreso y el de los demás ciudadanos para cobrar sus jornales y, como tú, intentar hacer frente a la vida. No habiendo ingreso, no pueden atenderse debidamente esas necesidades. ¿Comprendes?

—Estoy al cabo de la calle. Pero la inexorabilidad de esa determinación, que yo acato como justa, en relación con mi impotencia económica, me coloca en la situación de ver en unos compañeros el mismo criterio intransigente que lamentábamos cuando las compañías respondían sólo al clarín de sus dividendos. Entonces, inexorablemente también, me cortaban la luz, cuando mi jornal llegaba mer-

mado a la hora de ser presentada al cobro la factura de la luz.

—¿Qué hemos de hacerle? La ley debe ser igual para todos.

—Así lo creo yo también. Pero no lo es. ¿Crees tú que a estas alturas no existen en Madrid millares de abonados que boicotean el pago de los recibos de luz con infinitas artimañas, tras las que escudan sus convicciones fascistas? ¿Cuántas familias pudientes hay evacuadas, mejor dicho, movilizadas de un barrio a otro, las cuales se parapetan en esta movilidad, para dejar de abonar el recibo que le presentan a su nombre y disfrutar de la luz que, gratuitamente, encuentran en la casa donde viven accidentalmente?

—Esos galápagos, son tan difíciles de cazar...

—Y en cambio, a modestos obreros como yo, que no me niego a pagar, pero que me resulta imposible vivir en paz y jugando con todo el mundo, vienes tú, compañero y amigo, a dejar a oscuras mi modesta vivienda.

—Es muy doloroso, pero es así. Si encontráramos una fórmula conciliadora para las dos exigencias...

—¿Vamos a buscarla con la mejor buena fe?

—Yo creo que sí...

—A mí me parece que...

—Todo antes que provocar el doloroso espectáculo de conminar a un compañero con el mismo procedimiento que empleaban los burgueses.

—Me alegro que reconozcas la enormidad de la práctica que se viene haciendo usual. Yo, por mi parte, procuraré ponerme al corriente con vosotros tan pronto como me sea posible.

—No, si cuando se quieren hacer las cosas, el camino de la Revolución aparece expedito...